

BOLETÍN
DE LA
BIBLIOTECA MENÉNDEZ Y PELAYO
AÑO III.—MARZO-ABRIL, 1921.—NÚM. 2

EL ABANICO DE ARTUCA

CAPÍTULO DE UNAS MEMORIAS QUE NO LLEVAN CAMINO
DE PUBLICARSE

Yo no sé por qué viene ahora a la mía, aquel González Forte que encontré, hace bastantes años, a la orilla del Jarama dispuesto a embarcarse en la de Algete. Iba a pasar las vacaciones de verano, con un amigo del pueblo, y llevaba, por todo equipaje, un ramo de claveles y el Diccionario manual de CAMPANO.

No debía de ser tampoco verdadera impedimenta la que trajo Artemisa a Madrid, en aquellos días: lo preciso, porque en la Corte, y bajo la dirección de *la tía Nanda* — o sea la señora Marquesa de Bogaraya, dama de gusto muy acreditado — podía su sobrina carnal vestirse a la última, mejor, o por lo menos lo mismo, que en Sevilla. El verdadero equipaje de Artuca — que así la llamaban familia y amigos — lo integraba, como ahora dicen, una buena guitarra y el más copioso y bien elegido repertorio de coplas; malagueñas, seguidillas, *soleares*, juguetillos y hasta polos, *de los más jondos*.

Artuca encontró, a su llegada a la Corte, inmediatamente abiertas para ella, de par en par, las puertas de todos los salones de la primera sociedad. Se debió, naturalmente, a la relación íntima de las familias de GAVIRIA y RAMÍREZ DE SAAVEDRA — quiero decir del Duque de Rivas — por el matrimonio del Marqués de Bogaraya, don Gonzalo, famosísimo ginete, tañedor de flauta y Alcalde muy popular,

que fué de Madrid; con doña Fernanda, antes mentada, señora virtuosísima y de trato exquisito, hija del Marqués de Gaviria, dueño de la acreditada ganadería de toros de plaza, que se corrieron durante muy poco tiempo. A las primeras, y únicas, banderillas de fuego que se pusieron a un bicho de la torada, el Marqués mandó al matadero todas las vacas bravas y se acabó la ganadería.

Muy pronto se vió precisada Artemisa—con su guitarra—a renunciar muchos convites; a no poder servir, sino la tercera parte, excusa, de los pedidos que le hacían de *cante flamenco*, principiando por Palacio. Don Antonio Cánovas del Castillo, se pirraba por oirla: como que era el derroche de la gracia. Por eso el más íntimo de mis amigos le escribió:

«Cuando Camacho estudiaba
el presupuesto de ingresos
la sal estancó, chiquilla,
para cobrarte el impuesto.»

Ni que decir tiene; al mes de su llegada a Madrid, ARTUCA era una gran influencia y pedía versos autógrafos e inéditos, para su abanico, a *los inmortales*, como hubiera podido solicitar destinos del Presidente del Consejo de Ministros, directamente, y conseguir los nombramientos.

Se había criado en una atmósfera saturada de arte. Los salones del Marqués de Gaviria, su padre,—jefe en Sevilla, del partido Conservador, antes Alfonsino, caballero a carta cabal, que gastó mucha parte de su hacienda trabajando por la restauración de la dinastía—estaban siempre alumbrados y servidos para que luciesen en ellos, poetas, músicos y toda clase de artistas. Aquella gran casa, tan sevillana, de la calle de O'Donnell, podía compararse, por lo que tuvo de Asilo de la Cultura, con la de los Duques de Fernán Núñez en Madrid.

Estos antecedentes explican por qué la *cantaora* reunió en su abanico, tantas y tales firmas, autógrafas; en el país y en el varillaje.

En la notabilísima «Exposición de El Abanico en España», que, preparada, abierta y catalogada por la SOCIEDAD ESPAÑOLA DE AMIGOS DEL ARTE, certamen del que fué alma D. Joaquín EZQUERRA DEL BAYO (1) constituyó el más completo y aplaudido éxito; faltaban ejemplares, *por arriba del abanico-florilegio; por abajo del abanico de Calañas.*

La observación no constituye ni el menor asomo de crítica adversa. Una y otra clase de abanicos están distanciados, por sus con-

(1) Autor de un interesante y bien documentado trabajo acerca de: «El Abanico en España» «datos para su historia» publicado al frente del *Catálogo General Ilustrado*, Madrid, Mayo-Junio, 1920, Imprenta Blass y Compañía (Sociedad Anónima). Texto y muchas reproducciones de abanicos notables.

diciones, del arte de la pintura y no constituyen, por sí, tipo interesante con relación a la industria ni a la técnica. En los *florilegios*, dicho se está que lo de menos es el abanico mismo, que hace veces de álbum. Los de *Calañas*, que no tienen pizca de arte, fueron inseparables de *El Espectáculo más Nacional*, quizás por concomitancia, porque como afirma un cantar del pueblo,

«Con su capa el torero
maneja al bicho
y la mujer al hombre
con su abanico.»

y yo puse en uno, que «Española sin él, es como molino de viento sin aspas.»

El abanico de *Artuca*—hoy Excm. Sra. Condesa de Buena Esperanza—es precioso ejemplar entre los de *florilegio*.

Así ocurre en la Real Biblioteca; los libros más *Raros y Curiosos* están encuadernados en modestísima pasta. También el abanico, objeto de este capítulo, como tal abanico, es cáscara insignificante, de una fruta exquisita: tomiza que ata el ramo esplendoroso.

Casi pericón, tiene los paises de seda y dril color de barquillo; al recto, pintadas al aguada, unas ramitas de grosella y el varillaje de «Madera de astillas» con hojas talladas.

Todas las poesías van al verso y en tintas negras, menos la seguidilla de la Infanta Doña Paz de Borbón, que figura en el lado de la fruta, y los versos de El Marqués de Valmar, que escribió con carmin.

S. A. R. puso en el abanico:

«Artemisa me marchó
lejos de España
llevando tus cantares
dentro del alma.
Es tu recuerdo
mi compañero siempre;
con él me quedo.»

El académico y diplomático Marqués, cuñado del gran Duque de Rivas, notabilísimo crítico literario, en su gallarda letra española, y tinta rosácea, como dije antes, escribió:

«Si el abanico es emblema
de la inconstancia del viento,
sé tú, en ternura y virtudes
de constancia noble ejemplo;
y así viviré, sin sombra,
de amor tus dulces ensueños,
puros cual brisa entre flores,
cual celeste dicha eternos.»

De aquel ingeniosísimo artillero, espiritista, autor de *En los Montes de la Mancha*—libro cuya lectura, no bien comenzada, echa la garra— que lleva prólogo de D. Pedro Antonio ALARCÓN, es la siguiente copla:

«Por mucho que te abaniques
en balde niña te cansas:
¿Cómo quieres tener fresco
con dos soles en la cara?»

JOSÉ NAVARRETE.»

De Antonio FERNÁNDEZ GRILO, tan discutido y a quien bastaría haber escrito el soneto *Al Cohete*, para poder sentarse en sitio preferentísimo de El Parnaso, por derecho propio y en sillón de brazos; son estos siete versos:

«Nunca te he visto; pero el alma mía
sabe que existe en tus serenos ojos,
la luz primaveral de Andalucía.
Yo nunca he visto el cielo y sé que el cielo
la gloria esconde tras su manto azul;
por eso sé lo mucho que tu vales;
porque el cielo eres tú!!!»

El autor de las *Doloras* y los *Pequeños Poemas* escribió:

«Tiene razón *Campoamor*
cuando te jura y rejure
que, aunque grande, es tu hermosura
de tus gracias la menor.»

JUAN JOSÉ HERRÁNZ, luego Conde de Reparaz, el que dió al teatro *La Virgen de la Lorena*, jefe de la «Censura Dramática» en el Ministerio de la Gobernación y en cuyo despacho se reunía el segundo *Parnasillo*; aconseja a Artemisa:

«Cuando te abaniques
templa tus miradas
recordando que el viento y el fuego
producen la llama.»

A lo que objeta JOSÉ CAMPO-ARANA, autor de ¡¡ Tierra !!

«Mas si el que tu quieres
tu mirada busca
no te importe que brote la llama
que la llama alumbr.»

En el volcán de un amor nefasto, se volatilizó, poco tiempo después, el juicio del pobre Pepe.

Debajo de aquellos sus cuatro versos, añade Eusebio BLASCO:

«Y al abanicarte
piensa niña mía,
en los que aquí viven por no haberte visto
¡pasando fatigas!»

Fué Manuel del PALACIO, no obstante la opinión de *Clarín*, el más fácil, correcto, inspirado y fecundo fabricante de buenos sonetos: en el *Parnasillo de Gobernación*, le vi muchas veces improvisarlos, de pie forzado, comenzando por el último verso del segundo terceto: y salían siempre *reondos*, como decía Narciso CAMPILLO.

PALACIO escribió, sobre el dril, en los clarísimos y firmes caracteres de su aurea pluma:

«Aire que juegas con sus rizos bellos
¡cuán impaciente aguardo tu venida,
falta el aroma que bebiste en ellos
al jardín agostado de mi vida!»

También es triste y desengañada la poesía del insigne don José ECHEGARAY, quien hablando de la dueña del abanico y del poeta, dice:

«Ella es la llama
que pura brilla.
Tú eres el viento
con que se aviva.
Y en esa hoguera
por mi desdicha
yo soy la helada
triste ceniza.»

Sombrios y esculturales, los dos versos de D. Gaspar NÚÑEZ DE ARCE, casi disuenan en este florilegio: parecen epitafio. Dicen así:

«Nuestra vida es el sueño de un momento
aire la dicha, la esperanza viento.»

En cambio D. José ZORRILLA—¡cualquiera añade calificativos a este nombre, eh!—alegre, galante y oportuno, escribe:

«Jamás bajo la bóveda del firmamento
al poeta ni al pájaro les falta viento
y grande o chico
a mi me basta el aire de tu abanico.»

José VELARDE, paisano de Artemisa, no desmiente la patria ni la escuela y echa el resto, disparando sobre la gentil *cantaora* la siguiente descarga de piropos, bien rimados:

«Castigue ¡oh niña! tu abanico el viento
traidor que se perfuma con tu aliento
y bebe el néctar de tus labios rojos,
y se deleita en repetir tu acento
y se enciende en la lumbre de tus ojos.»

Y no se queda corto Luis MONTOTO, el decano de los poetas de Sevilla cuando declara:

«Los médicos me recetan
que me vaya a tomar aire
o me muero de tristeza.
Y a los médicos le digo
que yo no quiero más aire
que el aire de tu abanico
.....
.....
.....»

D. Enrique RAMÍREZ DE SAAVEDRA, Duque de Rivas, hijo del autor de «D. Alvaro...» afina la puntería; pregunta y luego manda:

«¿A quién no causa embeleso
tanta gracia y tal donaire?
Abanico, dale un beso
cada vez que le echés aire.»

y D. Antonio CÁNOVAS DEL CASTILLO, a la sazón Presidente del Consejo de Ministros, *aprovechando*, sigue tras la pieza que levantó el Duque, y dice:

«Si va, abanico, el exceso
hasta hacer del aire un beso
he de tomar a desaire
que fuera me dejes de eso
sin darme parte... en el aire.»

Pecan de modestos los hermanos ALVAREZ QUINTERO al ofrecer a la niña.

«Escondida entre todas las mejores
vaya la más humilde de las flores.»

Cierra con clavillo de rubies el florilegio, la siguiente poesía autógrafa que luego, con ligerísimas variantes, se incluyó en las obras impresas del magno polígrafo:

«¡Ojalá cada sol que te amanezca
Aun más hermosa y más feliz te mire!
¡Nunca tu frente oprima
El demonio tenaz del pensamiento!
Ni rostro engañoso, falsa palabra
Maten en tí la flor del sentimiento.
No has de llorar por tí: serás dichosa
Mas no a la compasión tu ánimo cierras,
Porque el llorar con el dolor ajeno
Es alto y melancólico placer.

M. MENÉNDEZ PELAYO».

Por fin, ya fuera del país, escribió el mejor amigo de Gustavo Adolfo BÉCQUER, el novelista de *Rosas y Perros*, el autor del magnífico artículo *El Garbanzo*:

«Yo canto... *pero en la mano*
así, al cantarte Artemisa
no habiendo sitió en la tela
escribiré en las varillas.
Metido, pues, en un puño
no escucharé con envidia
las cuerdas de la guitarra
cuando entre tus dedos vibran.
Y, si el abanico cierras
al calor de tus caricias
sentiré las pulsaciones
de tu corazón de niña!
Ramón RODRÍGUEZ CORREA.
¡Lo que es aquí nadie firma!»

Y aquí pone la suya, insignificante, como de obscuro testigo, al pie de la escritura en que figuran tantas partes insignes.

Luego se abanica y guarda en su caja el de la SEÑORA CONDESA DE BUENA ESPERANZA, pareciéndole que entierra, entre cenizas un hermosísimo ramo de claveles, aspira por última vez, con delicia, los perfumes de *aquellas primaveras*, y ve entrar—para él—triste y fría, la de hogaño.

EL CONDE DE LAS NAVAS.

8 Mayo de 1921.
